

" Las oscuras raíces "

de Carmen Conde

Ante mí, cerrado y leído ya, el premio de novela Elisenda de Moncada. La sobrecubierta del libro provoca con sus llamas rojas, aturde con sus sombras negras. Acierto del dibujante, condensada síntesis del tema de la obra. Delirio de llamas, contrapunto de sombras; locura y miedo.

Podría decir Carmen Conde como Ana d'Ax: «i jo, que sóc dona, parlo de l'amor». Sí, no nos habla de otra cosa Carmen Conde en esta su obra premiada, pero su amor no posee la suave y dulce serenidad del amor cantado por Ana. Los amores de «Las oscuras raíces» son amores-pasión, violentos y arrebatados con demonios en las venas, con puñales en las manos, enfrentados con amores-mendigos; parangón triste y cruel, que justifica traiciones y veleidades. Y el amor, en realidad, no es demonio ni mendigo, así, por separado; aunque quizá pueda ser las dos cosas a la vez. Tampoco es seguro que sea una u otra la idea de la autora, respecto al amor; y sí, que ella haya querido mostrarnos lo grande y terrible de los afectos desorbitados, llama que consume y mata.

Los personajes, mitad mito y mitad símbolo, viven alejados de una realidad simple y meridiana. Raros, confusos, víctimas todos ellos del maleficio de una casa. Una casa que se yergue en las costas allicantinas, muy cerca del mar y sus cantos. Una casa de leyenda con un gabinete de

El mundo está lleno de contrasentidos y absurdos. Mejor dicho, nuestro mundo, éste que vamos forjando entre todos, cada día, con nuestros actos, nuestros pensamientos y nuestros sentires; este mundo personal y colectivo al que damos quizá más valor del que razonablemente tiene, por lo mucho de aparente y artificioso que lleva consigo.

Si paramos atención en los actos que realizamos en el curso de una jornada nos sorprende comprobar que buena parte de ellos tienen por móvil inicial, no una necesidad, un deseo natural, una apetencia espontáneamente sentida, sino un hábito irreflexivamente adquirido cuya razón de ser no es otra que el afán de aparecer ante los demás como capaces de hacer lo mismo que ellos. La rutina nos domina, el mimetismo colectivo, y ese déspota contemporáneo universal llamado Moda y que subyuga incluso a los hombres y mujeres más sensatos y recatados.

Por eso muchos de nuestros actos resultan de una insensatez y una absurdidad manifiestas. Por eso, no solamente carecen de sentido, sino que demuestran un total, absoluto contrasentido.

He aquí una muestra. Ahora, en verano, está de moda tostarse al sol a fin de aparecer con la tez matizada de un color moreno que, a más de darle una apariencia de salud realza al propio tiempo su belleza. Pues bien, ya hemos hallado la manera de burlar el procedimiento y conseguir el mismo resultado (el de apa-

recer, no el de ser) mediante unos preparados, unas pomadas, que en el propio hogar y en pocas sesiones de embadurnamiento dan a nuestro cuerpo la apariencia de haber disfrutado de un completo veraneo, con pigmentación y todo, sin habernos movido de casa. O bien, si las posibilidades nos lo permiten, podemos cometer el disparate de exponer nuestra alba piel al sol canicular cinco o seis horas diarias, durante quince días o un mes sin sufrir sus catastróficos efectos: ya sabemos que alguien, previniendo nuestra falta de sentido común, compuso una crema reparadora para evitar que el achicharramiento tenga efectos demasiado graves. Mejor aún, podemos, antes de exhibir nuestra figura desnuda engrasarla con uno de esos ungüentos que, obrando a manera de aislantes nos permiten ramblar por la playa durante toda la sesión del baño sin que luego tengamos que lamentarlo.

Y es que en realidad lo que nos mueve es el afán de exhibir la supuesta o real gallardía de nuestro cuerpo. Y más aún si éste es femenino y no sobrepasa las veinte primaveras. ¡Qué lejanas y olvidadas se quedan las razones higiénicas que motivaron la costumbre de los baños de sol! Tendríamos que buscarlas en las páginas de algún tratado naturista o en algunos de sus raros lectores.

Por eso decíamos al empezar que el mundo está lleno de contrasentidos y absurdos.

Xavier

81 05 67
42

recuerdos, con un secreter cerrado, con un piano en un rincón, mudo de nostalgias, con una ventana abierta al mar....

La obra está bien llevada, con ritmo cálido, apasionante que irrumpe impetuoso, ya a las primeras líneas, del techo aterido y blanco de la protagonista muerta, del sollozo de una muchacha y del insomnio de un hombre que amó sin esperanza. A partir de aquí se ramifica la obra, surgen nuevas vidas, nuevas locuras, y el lector adivina en ellas el signo del prosagio.

La «casa» adquiere un nuevo relieve, su perfil de condenada; se espera lo tenebroso, lo inusitado....

Y en ritmo casi de leyenda, por cauces poéticos o como un cuento de hadas, — que también tienen sus monstruos —, nos conduce Carmen Conde al final de su supuesta novela; un espeluznante incendio de la «casa», con una víctima que la redime, con dos enamorados de clásico patrón que, contemplando el incendio, entrecruzan sus puras manos.

L. d'Andraitx

CARRERILLA SEMANAL

PCHISS!

Se acabaron los cohetes que nuestros mozalbetes a las nubes dirigen... A las nubes..... o al semblante del confiado viandante que ante ellos discurre...

MORALEJA

Un inconveniente tienen verbena estos [fuegos cuando te das cuenta ya hacen horas extras los [bomberos.